

AL CARDENAL DE BERNIS

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Monseñor, deseo á vuestra Eminencia un feliz año nuevo, si es que puede haber años felices; porque en general son bastante medianos: yo he vivido ya setenta y tres, y ninguno ha sido muy bueno. No puedo imaginarme nunca que abandonéis por completo las bellas letras, pues seriais un ingrato. Aun cuando hagáis himnos latinos, os seguirán gustando los versos franceses. No digo que os gusten los míos, pero me obligareis á hacerlos mejores. Me habéis acostumbrado á tomarme la libertad de consultaros; presento, pues, por via de aguinaldo á vuestra musa arzobispal una tragedia profana. Me ha parecido tan gracioso poner en la escena trágica á una princesa que remienda sus camisas y á gente que carece de ella, que no he podido resistir á la tentación de hacer lo que nunca se había hecho. Me ha parecido que todas las condiciones de la vida humana podían ser tratadas sin bajeza, y aunque la dificultad de ennoblecer semejante asunto sea bastante grande, me ha sostenido el placer de la novedad; he olvidado el *solve senescentem*; pero si vos me decis *solve*, lo hecho todo al fuego. Echad á él este aguinaldo si os fastidia, y tened en cuenta solamente el deseo de agradaros. Me lisonjeo con el pensamiento de que gozáis de una excelente salud y sois feliz. Sé, por lo menos, que hacéis felices á muchos, y éste es el mejor camino para serlo. Hacéis mucho bien en vuestra diócesis, contempláis la tormenta desde lejos, y esperaréis tranquilamente el porvenir.

En cuanto á mí, endeble y flaco, hago la guerra

hasta el último momento á jansenistas, á molinistas, á Frerón, á Pompignan, á derecha, á izquierda, á los predicadores y á Juan Jacobo Rousseau. Recibo cien estocadas, doy doscientas, y rio. Veo á mis puertas á Ginebra en plena combustión por querellas bizantinas, y sigo riendo; á Dios gracias considero á este mundo como una farsa que á veces se vuelve trágica.

Todo es igual al cabo de la jornada, y todo es más igual aún al cabo de todas las jornadas.

Sea como sea, ardo en deseo de que seáis mi juez, y os pido por favor que me digáis si he podido distraeros una hora. Sois pastor, y os envío una tragedia cuyos personajes son pastores. Es verdad que los pastores de la Escitia no se parecen á vuestras ovejas de Albi. Pero hay siempre algunos rasgos que nos recuerdan á los que conocemos. Gusta uno de ver en las pinturas, aunque imperfectas, algo de lo que ha visto en otro tiempo. Estas reminiscencias entretienen y hacen pensar. En una palabra, monseñor, seguid siempre aficionado á los versos; perdonadme los míos, y continuad dispensando vuestras bondades á vuestro antiguo y fiel servidor.

Á M. DE CHABANÓN

Ferney, 22 de Diciembre de 1766.

Hace largo tiempo que hubiera debido daros las gracias por haber hecho, mi querido colega, vuestra tragedia. Ya sabéis cuánto adoro el talento. M. de La Harpe trabaja en mi casa diez horas por día, y yo, viejo loco, hago otro tanto. Se ha apoderado nuevamente de mí como de vos el furor de las tragedias; pero, por Melpómene, guardémonos muy bien de hacerlas re-

presentar. Figuraos que *Zaira* fué silbada á partir del segundo acto; que *Semiramis* fracasó en la primera representación; que *Orestes* casi fué silbado; que la misma *Adelaida Duguesclín*, solicitada por el público, habia sido rechazada primero por ese mismo amable público; que *Tancredo* fué al principio mal recibido, etc., etc.

De aquí deduzco, y deduzco bien, que hay que hacer imprimir su droga; en seguida los cómicos la expenden al público en su tablado, si quieren y si pueden, y nuestro pobre honor queda en salvo. Porque habéis de observar que los cómicos no representarán jamás una obra impresa sino cuando el público les diga: « Representad eso, es bueno y os hará ganar dinero. » Entonces os representan y os desfiguran. Mademoiselle Duménil se desboca; otro recita los versos como quien lee un periódico; otro muge; otro agita enormemente los brazos, y la pieza se la lleva el demonio, y entonces el público, que es siempre justo, como sabéis, advierte al silbar, que silba á los actores y actrices, y no al pobre diablo del autor.

Este partido me parece prodigiosamente prudente y altamente político. Haced imprimir vuestra *Eudoxia* cuando estemos ambos satisfechos de ella, y entonces os aseguro que los mismos cómicos no podrán hacer que fracase.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, sábado por la mañana, 3 de Enero, antes de que haya llegado á Ginebra el correo de Francia.

Mis ángeles sabrán al fin por qué he hecho imprimir los *Escitas*:

Primero: porque no he querido morir *ab intestato*, y sin haber rendido el homenaje debido á los dos sátrapas Nalrisp y Elochivis ¹.

Segundo: porque mi epístola dedicatoria es tan chusca, que no he podido resistir á la tentación de publicarla.

Tercero: porque no hay realmente cómicos para representar esta pieza, y seguramente habré muerto antes de que los haya.

Cuarto: porque me llevo á los infiernos mi justa indignación contra las cómicas que han desfigurado mis obras por querer hacerse interesantes en el teatro; y contra los libreros, eternos azotes de los autores, principalmente los infames libreros de París, que me han puesto en ridículo, y se han apoderado de lo mío para desnaturalizarlo con un privilegio del rey.

He querido, pues, hacer saber á los aficionados al teatro antes de morir, que protestaba contra todos los libreros, cómicos y cómicas, que son la causa de mi muerte: y esto lo verán mis ángeles en el aviso al lector que sigue á mi inocente prefacio.

Protesto, además, ante Dios y ante los hombres de que no he dejado de mostrarme dócil á una sola de las críticas de mis ángeles y de mis sátrapas. Ya lo echarán de ver en el papelito pegado en la página 19, y en otros rasgos esparcidos acá y allá. Protesto, además, contra los que pretenden que he tenido un ataque de apoplejía; no he estado desvanecido más que un cuarto de hora cuando más, y mi estilo no es apoplético.

Si mis ángeles y mis sátrapas quieren que la pieza sea representada antes de que aparezca la edición, ellos son los árbitros. Gabriel Cramer la guardará bajo

1. Praslin y Choiseul.

cient llaves, con tal que haya actores para representarla, y con tal que los cómicos la hagan pasar inmediatamente después de la *Manzana* ¹; porque por poco que se retrase sería imposible impedir que aparezca la edición; las provincias de Francia se verán inundadas, y llegarán á París ejemplares de todas partes.

He leído la pieza en presencia de gente de ingenio y hasta de inteligentes, cuatro días antes de mi apoplejía, y los hice deshacerse en lágrimas durante todo el segundo acto y los tres siguientes.

Enviaré en la punta de las alas de mis ángeles la letra y la música, tan pronto como los músicos se hayan resuelto. Aguardo sus órdenes con la sumisión más profunda.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

4 de Enero de 1767.

Como los cocineros parten de París lo más tarde que pueden, y se detienen en todas las tabernas, he recibido algo tarde la carta que tuvisteis á bien escribirme el 14 de Diciembre. Mi respuesta llegará helada; nuestro termómetro marca doce grados bajo cero; forma nuestro horizonte una hermosa llanura de nieve de unas ochenta leguas en contorno. Heme aquí en Siberia por espacio de cuatro meses. No es seguramente esta situación lo que me hace desear veros y abrazaros, pues abandonaría el paraíso terrenal para gozar de este consuelo. Espero que algún día podré dar una vuelta por París, únicamente para veros á vos y á Madama de Argental. Me será imposible abandonar por

1. *Guillermo Tell*.

largo tiempo mi colonia. He fundado á Cartago, y es preciso que la habite, pues sin eso Cartago perecería; pero os respondo que si vivo aún dentro de dieciocho meses, veréis de nuevo á un viejo caduco que os ama como si no caducase.

M. de Thibouville me dice que es preciso que os envíe la carta del señor duque de Duras; pero no sé dónde encontrarla. En substancia, decía que la bella Dubois me había tratado como á sus amantes, es decir, que me había engañado; que la comedia se hallaba en decadencia, como otras muchas cosas; que había establecido una especie de seminario de cómicos en Versalles, que no prometía gran cosa; que Le Kain seguía siempre muy enfermo, y la tragedia tan enferma como él.

Es muy cierto, querido ángel, que nos faltan hombres en todos los géneros, pero las demás naciones no están en mejor situación.

M. Chardon me había prometido hacer juzgar el asunto de Sirven antes de Navidad; pero las bromas que el Parlamento se ha complacido en darle han retardado el efecto de su buena voluntad; de suerte, que al cabo de cinco años de trabajos no sé en qué situación estoy con respecto á dicho asunto. Hay que resignarse con la voluntad de Dios y del Parlamento.

En cuanto á mi proceso con Madama Gilet, no me inquieta. Es una idiota que quiere hacer gala de ingenio algunas veces, y que habla á M. Gilet á tontas y á locas. Él no le presta mucha atención, pero á veces tiene caprichos, y hay asuntos en que se muestra muy difícil. Es triste tener que habérselas con gente de semejante carácter. Muchísimo os agradezco la bondad con que habéis procurado rectificar las ideas de M. Gilet.

Mi pobre Damiaville no sabe lo que le pasa ante el temor de no verse á la cabeza de las vigésimas. Debo confesaros que desearía para él otra plaza; es un teniente coronel cuyo regimiento desea ver reformado todo el mundo.

¿No os alegráis de que el asunto de Polonia se haya arreglado, para mayor gloria de Dios y de la razón? José Bourdillon, profesor de derecho público, no ha dejado de prestar servicios en este proceso. Ojalá pueda yo triunfar como él en el de los Sirven, y ojalá, sobre todo, llegue un día en que pueda yo deciros cuánto os amo y cuán adicto os soy por lo que me resta de mi triste vida.

Á M. DE PEZAI

5 de Enero de 1767

Someto á vuestro juicio, señor, los procedimientos de Juan Jacobo Rousseau conmigo. Ya sabéis que mi mala salud me había llevado á Ginebra en busca de M. Tronchin, el médico, que era entonces amigo de Rousseau; hallé los alrededores de esta ciudad tan agradables, que compré á un magistrado en 87.000 libras una casa de campo, á condición que me devolviese 38.000 cuando la dejase. Rousseau concibió desde entonces el designio de sublevar al pueblo de Ginebra contra los magistrados, y ha tenido al fin la funesta y peligrosa satisfacción de ver su proyecto realizado.

Escribí primero á M. Tronchin que no volvería á poner los pies en Ginebra mientras yo estuviese en ella; M. Tronchin puede daros testimonio de esta verdad. Éste fué su segundo paso.

Ya conocéis la afición de mi sobrina Madama Denis á los espectáculos; daba representaciones en el castillo de Tournay y en el de Ferney, que están en la frontera de Francia, y los ginebrinos acudían presurosos á ellas. Rousseau se sirvió de este pretexto para excitar contra mí el partido de los representantes y algunos predicadores que se llaman ministros.

He aquí por qué, señor, adopté el partido de los ministros con respecto á la comedia, contra M. d'Alembert, aunque inmediatamente tomó el partido de monsieur d'Alembert contra los ministros, y al fin acabó por injuriar igualmente á unos y otros; he aquí por qué quiso primero comprometerme en una pequeña guerra ó disputa acerca de los espectáculos; y he aquí por qué mientras daba una comedia y una ópera en París, me escribió para decirme que corrompía su república haciendo representar tragedias en mi casa por la sobrina del gran Corneille, á la que muchos ginebrinos tenían el honor de secundar.

No se contentó con esto; sobreexcitó á varios ciudadanos enemigos de la magistratura, alentándolos á que hiciesen odioso al Consejo de Ginebra, echándole en cara que toleraba, á pesar de la ley, á un católico domiciliado en su territorio, mientras que cualquier ginebrino puede comprar en Francia tierras señoriales y hasta desempeñar cargos en la Hacienda. Así, pues, este hombre, que predicaba en París la libertad de conciencia, y que tenía necesidad de que empleasen la tolerancia con él, quería establecer en Ginebra una ley más injusta y más ridícula.

M. Tronchin mismo oyó decir á un ciudadano que es desde hace largo tiempo el principal botafuego de la república, que era preciso absolutamente ejecutar lo que Rousseau quería, y hacerme salir de mi casa de

las Delicias, que está á las puertas de Ginebra. Monsieur Tronchin, que es tan honrado como excelente médico, impidió este atropello, y no me avisó de ello sino largo tiempo después.

Previendo entonces las turbulencias de que había de ser teatro la pequeña república de Ginebra, renuncié á mi contrato vitalicio de las Delicias; recibí 38.000 libras, y perdí 49, sin contar próximamente otras 30.000 que había empleado en edificar en dicha finca.

Estos son, señor, los rasgos menos graves de la conducta que Rousseau ha observado conmigo; M. Tronchin puede certificaros la verdad de lo dicho, y toda la magistratura de Ginebra se halla al corriente de ello.

No os hablaré de las calumnias que ha dicho de mi al señor príncipe de Conti y á la señora duquesa de Luxemburgo, cuya protección logró sorprender. Por otra parte, podéis enteraros en París de la ingratitud con que ha pagado los favores de M. Grimm, de M. Helvetius, de M. Diderot y de cuantos habían protegido sus extravagantes caprichos, que entonces quería hacer pasar por pruebas de elocuencia.

El ministerio se halla tan al corriente de sus proyectos criminales, como los verdaderos literatos de todos sus procedimientos. Os ruego que tengáis en cuenta que la serie continua de persecuciones que ha suscitado contra mí durante cuatro años, ha sido el premio del ofrecimiento que le hice de regalarle una casa de campo llamada el Ermitage, que habéis visto entre Tournay y Ferney. En cuanto á lo demás, os recomiendo que veáis la carta que me vi obligado á escribir á M. Hume, en un estilo menos serio que el de ésta.

M. Dorat puede juzgar ahora si ha tenido razón para confundirme con un hombre como Rousseau, y á considerar como una disputa de bufones las ofensas

personales que M. Hume, M. d'Alembert y yo nos hemos visto obligados á rechazar, ofensas que ningún hombre de honor podía dejar pasar en silencio.

M. d'Alembert y M. Hume, que figuran entre los primeros escritores de Francia y de Inglaterra, no son seguramente bufones; tampoco creo serlo yo, aunque disto mucho de estos dos hombres ilustres.

Es verdad, señor, que á pesar de mi edad y de mis enfermedades me muestro muy alegre cuando sólo se trata de tonterías literarias, de prosa ampulosa, de versos malos ó de críticas de mal género; pero hay que mostrarse muy serio en todo lo relativo al honor y á los deberes sociales.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN,

EN PARÍS.

14 de Enero de 1767

Mi querido caballero mayor de Babilonia: es muy justo que os envíe *Los Escitas* y *Los Persas*: esto divertirá á la familia: nuestro abad turco tiene á ello derechos incontestables. Podriais invitar á comer á mademoiselle Durancy; hallará su papel anotado en el ejemplar que os envío: esto en cuanto á vuestra diversión de carnaval. Aquí estamos ensayando la pieza; será perfectamente representada por M. y Madama de La Harpe, y espero que, después de Pascua, M. de La Harpe os llevará una pieza interesante y bien escrita.

Damos las gracias con el mayor cariño á nuestro turco. Madama Denis y yo le queremos con locura, puesto que tiene valor y sabe inspirarlo. Es éste un enigma que él adivinará con facilidad.

Acabo de escribir á Morival, ó más bien de hacer que le escriban, y tan pronto reciba su respuesta obraré enérgicamente con respecto al príncipe de quien depende. Este príncipe me escribe cada quince días, y hace lo que quiero. Las cosas de este mundo toman aspecto muy diferente; todo se parece á Jano, y todo va tomando con el tiempo dos caras. Este príncipe no conoce á Morival, sin duda, pero conoce muy bien su desastre. Me ha escrito varias veces con la más violenta indignación y con un horror casi igual al que yo experimento.

Hay monstruos que merecerían ser diezmados. Os suplico que me digáis á ciencia cierta si la primera Memoria que tuvisteis la bondad de enviarme del campo contiene la verdad exacta. En caso de que el hermano de Morival quiera suministrar algunas anécdotas nuevas, podréis enviárnoslas bajo sobre, por medio de M. Henin, residente del rey en Ginebra.

Ya sabéis que ahora estamos rodeados de tropas y de impertinencias. Comemos carne de vaca; el pan vale á cinco sueldos la libra, y la leña está más cara que en París. Todo nos falta, excepto la nieve. ¡Oh! en cuanto á ésta podemos proveer de ella á toda Europa. Hay diez pies en mi jardín y treinta en las montañas. No le pido á Dios que haga lo mismo con vos.

Florianet ha escrito una encantadora carta en latín al P. Adam. Os ruego que le déis dos buenos besos en mi nombre. Abrazo con todo corazón á la madre y al hijo.

AL SEÑOR CONDE DE LA TOURAILLE

Castillo de Ferney, 19 de Enero de 1767.

Estoy viejo, señor, enfermo, tuerto de un ojo y no

muy bueno del otro. Á todas estas venturas uno la de verme asediado, ó por lo menos bloqueado. No tenemos en mi retiro ni qué comer, ni qué beber, ni con qué calentarnos. Estamos rodeados de soldados de seis pies de estatura, y de una capa de nieve de diez á doce pies: y todo esto porque Juan Jacobo Rousseau ha levantado de cascos á algunos relojeros y mercaderes de paños. La situación muy triste en que nos encontramos no me ha permitido responder más pronto á la carta con que tuvisteis á bien honrarme; sois demasiado generoso en mostrar hacia mí más compasión que cólera. Tenemos aquí á M. y Madama de la Harpe, que son la amabilidad en persona. M. de La Harpe empieza á emprender su vuelo de un modo majestuoso; ha conquistado dos premios seguidos de la Academia, con obras excelentes. Espero que os dará para Pascua una muy buena tragedia de *Warwick*, que había tenido gran éxito. He visto una oda suya á su Alteza Serenísima, en la que hay tanta poesía como en las más hermosas de Rousseau. Merece, seguramente, la protección del digno nieto del gran Condé. Tiene mucho mérito, y está muy pobre. Actualmente comparte la penuria en que nos hallamos.

Adiós, caballero; aceptad la seguridad de mis afectuosos al par que respetuosos sentimientos, y tened la bondad de ponerme á los pies de su Alteza Serenísima.

Á LA SEÑORA MARQUESA DE BOUFFLERS

Ferney, 21 de Enero de 1767.

Señora, no solamente desearía hacer la corte á la señora princesa de Beauveau, sino que desearía segu-

mente ir en su seguimiento á ponerme á vuestros pies en el hermoso clima en que os halláis; y podéis creer que no lo digo por el clima, sino por vos.

El caballero de Boufflers, que ha rejuvenecido mi ancianidad, sabe muy bien que yo no querria acabar mis dias sin haber tenido el consuelo de pasar en vuestra compañía algunos momentos. En la actualidad me seria muy difícil tener semejante honor; treinta pies de nieve en nuestras montañas, diez en las llanuras, reumatismos, soldados y miseria forman la brillante situación en que me encuentro. Hacemos la guerra á Ginebra. Valdría más hacerla á los lobos que vienen á comerse á los pequeñuelos. Hemos bloqueado á Ginebra; de modo que esta ciudad se encuentra en la mayor abundancia y nosotros en la mayor escasez. Por mi parte, aunque no tengo dientes, me rendiria á discreción al que quisiera proporcionarme algunas pollas cebadas. He hecho edificar un lindo castillo, y pienso pegarle fuego un día de estos para calentarme. Á esto se agrega que estoy tuerto y casi ciego, gracias á mis montañas y al hielo. Paseaos, señora, bajo los toldos de olivos y naranjos, y todo se lo perdonaré á la naturaleza.

No me maravilla que M. de Sudre no sea primer *capitoul*, porque es el que más merece dicho cargo. Os agradezco vuestra buena voluntad para con él: permitidme que presente mis respetos al señor principe de Beauveau, y á la señora princesa, y aceptad el que os he consagrado por el breve tiempo que me queda de vida.

No sé en dónde se hallará actualmente el caballero de Boufflers; pero donde quiera que esté, será el más aventajado y el más amable de todos.

AL SEÑOR CONDE DE ROCHEFORT

4 de Febrero de 1767.

Hace próximamente cincuenta años, mi estimado caballero, que tuve el honor de jugar al ajedrez con el vicecanciller; pero, como es natural, me ganaba. Sentia yo el mayor apego á toda su casa. Habia, sobre todo, cierto obispo de... gran filósofo y muy sabio, que me honraba con la más sincera amistad. Un vicecanciller no se acuerda de todo esto, pero los pequeños no lo olvidan. Tengo el corazón penetrado de sus bondades y de la justicia que ha hecho en un asunto que me interesaba por carambola.

Me tomo la libertad de escribirle cuatro palabras; porque con hombres de su categoría no hay que gastar palabras inútiles. En China dan veinte palos á los que escriben á los ministros cartas demasiado largas y llenas de galimatías.

Os escribiria á vos mucho más extensamente, mi querido caballero, si diese crédito á mi corazón, que es hablador por naturaleza. Os diría cuán encantado estoy de vuestra persona y de vuestros excelentes servicios; pero la guerra de Ginebra, las molestias que causa, las espantosas nieves que me rodean, la fiebre y los reumatismos, imponen silencio á mi habladeria. Sin embargo, he de preguntaros si habéis oído la música de *Pandore*, de M. de La Borde.

Permitidme, pues, que os abrace sin ceremonia.

A M. DE CHABANON

Ferney, 6 de Febrero de 1767.

Os contesto tarde, mi querido colega, porque he es-

tado enfermo; estoy en Siberia, hacen la guerra cerca de mi madriguera, y estoy bloqueado. Hemos estado expuestos á la escasez de víveres; no nos ha faltado ningún azote. Uno de mis consuelos es la esperanza de ver vuestra tragedia. Sigo alabando mucho el proyecto que tenéis de hacerla imprimir, á fin de que su éxito no dependa de la manera de representar de un actor. Dícese que el teatro no está hoy en situación de tentar á los actores; y, por otra parte, se juzga mucho mejor en el recogimiento del gabinete que á través de las ilusiones de la escena. He hecho una pieza muy mediana titulada los *Escitas*, y he tenido la gran osadía de poner labradores y pastores en parangón con soberanos y petimetres. La había hecho imprimir, y no pensaba entregarla á los cómicos, pero ya no me gobiernan por mí mismo; he tenido que ceder al deseo de mis amigos cuya voluntad es una orden para mí. Veremos si tenéis más valor del que yo he tenido.

¿Habéis oído la música de *Pandore*? Decidme en confianza lo que pensáis de ella; á los amigos hay que decirles la verdad. Creo que hay trozos muy agradables; pero dícese que en general la música no es bastante fuerte. Yo no puedo juzgar en la materia, en tanto que vos sois un maestro consumado. Decidme os digo, la verdad, y contad con mi discreción. Adiós; no me hallo en disposición de hablar mucho con un hombre que goza de buena salud; pero no por eso os quiero menos.

AL SEÑOR CARDENAL DE BERNÍS

Ferney, 9 de Febrero de 1767.

Habiendo estado muerto, monseñor, y enterrado

cerca de cinco semanas en los horribles hielos del monte Jura, he tenido que aguardar á hallarme algo resucitado para dar las gracias á Vuestra Eminencia porque sigue siempre aficionado á las bellas letras, y aun á los versos, y porque se digna también mostrar cariño á este buen viejo que acaba su carrera.

Cebalæ sub montibus altis.

Os aseguro que ha aprovechado vuestros buenos consejos en cuanto sus fuerzas se lo han permitido. Creo que puedo decir ahora :

Claudite jam rivos, pueri, sat prata biberunt.

¿No estáis satisfecho del discurso de nuestro nuevo colega M. Thomas? Su predecesor Hardión no hubiera hecho otro tanto.

Tengo en mi casa á M. de La Harpe, que es tan alto como Ragotin, pero que tiene mucho talento en prosa y verso. Ha hecho un discurso sobre la guerra y la paz, que ha conseguido el premio en votación unánime. Si Vuestra Eminencia no lo ha leído, debería haberlo venir de París; vería que hay aún algo que esparcir en este siglo después de la abundante mies del siglo de Luis XIV. Cultivamos aquí las letras al son del tambor; hacemos una guerra más feliz que la última; el cuartel general se halla con frecuencia en mi casa. Hemos conquistado ya más de cinco azumbres de la leche que las aldeanas llevaban á vender á Ginebra. Nuestros dragones se han apoderado de la leche con un valor invencible, y, como cuando se trata de hacer temblar al país enemigo no hay que perdonar al suyo propio, hemos estado en visperas de morir de hambre.

Todo lo que dice Vuestra Eminencia acerca de las pretensiones, es propio de un hombre que conoce á

fondo á su siglo y la ridiculez de los pretendientes. Esto mereceria una excelente epistola en verso; y si vos no la hacéis, será preciso que la haga algún desconocido y la dedique á un hombre titulado ó ilustre sin nombrarle. Pero habrá que dejar de mencionar en esa epistola á aquellos de vuestros colegas que escriben pastorales con arreglo al gusto de las *Femmes savantes* de Molière, y que en nombre del Espiritu Santo examinan si un poeta debe escribir en uno ó varios géneros, y si La Motte y Fontenelle tienen autoridad para hallar defectos en Homero.

Las mujeres petimetras podrian también hallar sitio en esta pequeña diatriba, y, sin armar mucho ruido, se pondrian las cosas en su lugar. Confieso que los picaros que gobiernan el mundo desde su granero con su pluma, son la más necia especie de todas. Son los pavos del corral que hacen la rueda. Acabo renovando á Vuestra Eminencia mi afectuosísimo y profundo respeto por el resto de mi vida.

AL SEÑOR DUQUE DE LA VALLIÈRE

Ferney 21 de Febrero de 1767

Es cierto, señor duque, que he hecho una muy extraña tragedia, en la que hago figurar un petimetre persa con aldeanos escitas, y una señorita de alto nacimiento que remienda sus camisas y las de su padre, suponiendo que los escitas gastaran camisa. Como no detestáis las cosas que se salen de lo común, me hubiera tomado sin duda la libertad de enviaros esta broma si no estuviese ocupado en corregirla, lo cual me cuesta mucho, pues he tenido hace algún tiempo un asomo de apoplejía que me ha debilitado algo el cerebro. Tengo

el honor de entrar en mis setenta y cuatro años, por más que digan mis malas estampas. Ya véis que mi tragedia no es un juego de niños, sino que más bien tiene mucho de chochez, lo que viene á significar lo mismo. Ó he perdido completamente la memoria, ó recuerdo muy bien que os he dado las gracias por vuestro excelente certificado en favor de Urceus Codrus. Mi amanuense (porque estoy ciego todo el invierno) recuerda también haberos dado las gracias por vuestro testimonio acerca de Urceus. Nosotros, los solitarios, somos exactos, porque no nos distrae el tumulto. Dícese que estáis haciendo una joya del hotel Jansen. Lo creo, sobre todo si tenéis tanto dinero como buen gusto.

Dícese también que se juega en vuestra casa de un modo desenfrenado. ¡Pardiez! No me parece muy filosófico. No estáis aún en el punto en que yo quisiera.

Sin embargo, seguidme dispensando vuestras bondades; tengo necesidad de este consuelo, después de haber estado varios años sin haceros la corte; porque, como recordaréis, huí de Francia al estrenarse *Catili-na*, de Crebillón: era aquélla una obra detestable, cementerio del sentido común; pero actualmente quiero que haya más indulgencia con los ancianos. Me siento ligado á vos por el afecto el tiempo que me queda de vida, con el mayor respeto y con toda la vivacidad de los sentimientos de un joven.

AL SEÑOR MARQUÉS DE CHAUVELIN

Ferney, 23 de Febrero de 1767

Lucho, caballero, entre el agradecimiento que os debo y la admiración que me causó el que en medio de

vuestras ocupaciones, y aun de vuestras distracciones, hayáis podido trazar un plan tan lleno de genio y de recursos. Convenimos en que es la obra de una inteligencia superior. Me diréis: « ¿Por qué no lo aceptáis, pues? » Veréis las razones en la pequeña Memoria que enviamos á M. y Madama de Argental.

Madama Denis, M. y Madama de La Harpe, nuestros actores y yo, hemos examinado en todos sentidos lo que nos proponéis. Nos hemos representado vivamente la acción, todo lo que la misma comprende, y todo lo que debe hacer decir; todos tenemos un parecer unánime, y hasta nos atrevemos á lisonjearnos de que cuando examinéis las razones expuestas en nuestra Memoria, os parecerán convincentes.

Es verdad que á pesar de todos nuestros razonamientos, tememos no tener razón cuando disintimos de vuestro parecer. Comprendemos que hay algo de aventurado en el quinto acto, pero no podemos juzgar sino por la impresión que nos deja. Lo representamos, y nos produce un efecto terrible.

¿Cómo queréis que abandonemos lo que nos conmueve para adoptar un plan que, por muy ingenioso que sea, nos parece tener dificultades insuperables. Siempre ocurrirá con una tragedia lo que con todos los negocios de este mundo. Hay que escoger los inconvenientes de menos monta. Habrá, sin duda, críticas; *Zaira*, *Mélope*, *Tancredo*, etc., fueron muy criticadas, y *El Sitio de Calais* inspiró el mayor entusiasmo. Hay que someterse á ese capricho de los hombres; pero estamos persuadidos de que el fuego del quinto acto triunfará de todas las críticas que forme la sangre fría.

El espectador sospecha, seguramente, en la tragedia de *Olimpia* que ésta se arrojará á la hoguera de su madre; precisamente esta sospecha es lo que inspira la

curiosidad y el enternecimiento. Es propio de la naturaleza humana el querer ver cómo se realizan las cosas que se adivinan. Esto es lo que detallamos en nuestra Memoria, que os suplicamos leáis con imparcialidad.

Por mi parte desconfío de mis ideas; prefiero y respeto las vuestras, lo mismo que vuestra persona. Siento timidez y vergüenza en tener un parecer distinto del vuestro; pero, en fin, en materia de arte no hay que trabajar nunca contra sus propios sentimientos, del mismo modo que en la moral no hay que obrar contra su conciencia: de lo contrario, está uno seguro de trabajar muy mal, el entusiasmo se apaga por completo, y la inteligencia, constreñida, pierde toda su elasticidad. Se escribe razonablemente, pero con frialdad. En una palabra, leed nuestra exposición, y juzgadnos.

Aceptad, señor, el cariñoso y respetuoso afecto que os profeso, así como á Madama de Chauvelin y á todos los vuestros.

N. B. — Después de escrita mi carta, hemos representado la pieza; el quinto acto ha causado más efecto que los otros, y se han derramado muchas lágrimas.

AL SEÑOR MARISCAL DE RICHELIEU

Ferney, 1 de Marzo de 1767

Os habéis dignado, monseñor, hacer una corta visita á Ferney. Madama Denis va á pagárosla. Su salud se halla en estado deplorable, y no hay ya en Ginebra ni médico á quien poder consultar, ni auxilio que esperar; por otra parte, veinte años de ausencia han perjudicado á mi fortuna, y no han hecho bien á la suya. Mi hija adoptiva Corneille la acompaña á Paris, donde verá representar deplorablemente las piezas de su tío;